

PETR CHAADÁEV

CARTAS FILOSÓFICAS DIRIGIDAS  
A UNA DAMA

PRIMERA CARTA

Adveniat regnum tuum<sup>1</sup>

Señora:

Precisamente vuestro candor y franqueza es lo que amo, lo que tanto estimo en vos. Juzgad, pues, hasta qué punto me ha debido sorprender vuestra carta. Desde el primer momento de conocernos he quedado prendado de estas encantadoras cualidades de vuestro carácter, las cuales me han inducido a hablar sobre la religión mientras a vuestro alrededor todo me imponía silencio. Juzgad pues, una vez más, cuál ha sido mi asombro al recibir vuestra carta. Es todo lo que puedo decir en cuanto a la opinión que, según vos, Señora, tengo de vuestro carácter. Pero no hablemos más de esto y pasemos sin más dilación a la parte seria de vuestra carta.

En primer lugar, ¿de dónde proviene esta confusión en las ideas, que os altera y fatiga hasta el punto, según vuestras propias palabras, de afectar a vuestra salud? ¿Acaso se trata de un triste efecto de nuestras conversaciones? En lugar de la paz y serenidad que el nuevo sentimiento debería haber infundido en vuestro corazón, os ha causado angustia, congoja e incluso remordimiento. Pero ¿por qué ha de extrañarme esto? Es un efecto natu-

---

<sup>1</sup> Mateo 6, 10; Lucas 11, 2. (*N. de los T.*)

ral del funesto orden de cosas que impera aquí en todos los corazones y en todos los espíritus. Vos no hicisteis más que ceder a la acción de las fuerzas que subyugan aquí a todos: desde los que se hallan en la cumbre de la sociedad hasta el último esclavo que vive para complacer a su señor.

¿Y de qué manera hubiérais podido resistirlo? Las mismas cualidades que os distinguen de la multitud deben haceros más vulnerable a la influencia nefasta del aire que respiráis. Las pocas cosas que me he permitido deciros, ¿acaso podían dar firmeza a vuestras ideas en medio de todo lo que os rodea? ¿Podía yo purificar la atmósfera en que vivimos? Yo habría debido prever las consecuencias, y en efecto las preví. De ahí proceden esos frecuentes silencios, los cuales, desde luego, poca seguridad podían aportar a vuestra alma y, naturalmente, sólo eran capaces de sumiros en la confusión. Y si yo no estuviera convencido de que los sufrimientos que puede causar un sentimiento religioso no del todo despierto son, no obstante, preferibles a un completo adormecimiento, tendría que arrepentirme de mi excesivo celo. Pero confío en que las nubes que ahora oscurecen vuestro cielo un día se transformen en rocío salutarífico que fecunde las semillas germinadas en vuestro corazón, y el efecto que unas cuantas palabras sin valor han producido en vos me sirve de garantía segura de los resultados aún mayores que sin duda producirá el trabajo de vuestra inteligencia. Abandonaos sin miedo, Señora, a las emociones que las ideas religiosas susciten en vos: de esta pura fuente pueden provenir únicamente sentimientos puros.

En cuanto a lo externo, por el momento será suficiente saber que la doctrina basada en el supremo principio de la unidad y la transmisión directa de la verdad a través de la sucesión ininterrumpida de sus ministros es plenamente conforme con el auténtico espíritu de la religión, porque corresponde a la idea de la fusión de todas las fuerzas morales existentes en el mundo en un solo

pensamiento y en un solo sentimiento, así como en el progresivo establecimiento de un sistema social, o una iglesia, que deben instaurar el reino de la verdad en la Tierra. Cualquier otra doctrina, por el mismo hecho de su separación de la doctrina primitiva, reniega de antemano del efecto de aquella sublime invocación del Señor: *Padre santo, guárdalos, para que, lo mismo que nosotros, sean uno*<sup>2</sup>, y no vela por erigir el reino de Dios en la Tierra. Mas de eso no se deduce que vos estéis obligada a manifestar esta verdad sobre la faz de la Tierra: no es ésta vuestra vocación. Por el contrario, el mismo principio del cual procede esta verdad la obliga, conforme a vuestra posición en el mundo, a reconocer en ella la llama interior de vuestra creencia, y nada más. Me hace feliz el haber contribuido a encaminar vuestras ideas hacia la religión, pero me sentiría muy desdichado, Señora, si al mismo tiempo provocara remordimientos en vuestra conciencia, lo cual, a la larga, enfriaría vuestra fe.

Creo haberos dicho en una ocasión que el mejor modo de conservar el sentimiento religioso es seguir todos los usos prescritos por la Iglesia. Se trata de un ejercicio de sumisión que contiene en sí más de lo que se suele imaginar, y que se imponen a sí mismas las grandes inteligencias tras una profunda reflexión y a plena conciencia; es un auténtico culto que se rinde a Dios. Nada fortalece tanto al espíritu en sus creencias como la rigurosa práctica de todos los deberes que imponen. Además, la mayoría de los ritos de la religión cristiana, emanados de la Razón Suprema, tienen un efecto esencial en cualquiera que sepa penetrar en las verdades que manifiestan. Existe una sola excepción a esta regla general: cuando uno siente dentro de sí mismo creencias de orden superior a las que profesa la multitud, creencias que elevan el espíritu hacia la propia fuente de toda certidumbre y que al mismo tiempo no contradicen las creencias

<sup>2</sup> Juan 17, 11; 17, 20-21. (N. de los T.)

populares, sino que las confirman, entonces y sólo entonces se permite descuidar las observancias exteriores para poder entregarse con mayor libertad a tareas más importantes<sup>3</sup>. Pero ¡ay de quienes confundan las ilusiones de su vanidad o los engaños de su razón con iluminaciones extraordinarias que puedan liberarles de la ley general! En cuanto a vos, Señora, ¿qué mejor cosa podríais hacer que vestiros con el manto de humildad que tan bien sienta a vuestro sexo? Creedme, es la manera más apropiada de calmar vuestro agitado espíritu y verter una dulce paz sobre toda vuestra existencia.

¿Y acaso es concebible, incluso desde el punto de vista de las ideas del mundo, una forma de vida más natural para una mujer cuya cultivada inteligencia sabe encontrar el encanto del estudio y las serenas emociones de la meditación que una existencia concentrada y dedicada principalmente al pensamiento y a la práctica de la religión? Decís que en las lecturas nada habla tan alto a vuestra imaginación como las descripciones de una vida apacible y sosegada, como la visión de una hermosa campiña a la hora del crepúsculo, que aporta reposo al alma y nos aleja por un instante de la dolorosa o insípida realidad. Pero tales imágenes no son producto de la fantasía, y sólo de vos depende la realización de cualquiera de esas encantadoras ficciones: nada os falta para ello. Como podéis ver, la moral que predico no es demasiado austera: busco en vuestros propios gustos, en vuestros sueños más agradables la paz para vuestra alma, Señora.

Hay cierto aspecto de la vida que no se relaciona con la existencia material del hombre, sino con su existencia espiritual: no deberíamos ignorarla. Hay una dieta para el alma, de la misma manera en que hay una dieta para el cuerpo, y hay que saber someterse a ella. Sé que repito una vieja máxima, pero en nuestro país suele tener

<sup>3</sup> Esta frase no se encuentra en la primera edición rusa de la *Carta filosófica* (*Telescop*, 1836). (*N. de los T.*)

ésta todos los méritos de una novedad. Una de las cosas más deplorables de nuestra singular civilización consiste en que estamos descubriendo ahora muchas verdades que se consideran triviales en otros países, incluso entre pueblos mucho menos avanzados que nosotros en ciertos aspectos. Esto se debe a que nunca hemos marchado junto a otros pueblos ni pertenecemos a ninguna de las grandes familias del género humano: no somos ni Oriente ni Occidente y no poseemos tradiciones ni del uno ni del otro. Situados como fuera del tiempo, no nos atañe la educación universal de la humanidad. Esa admirable relación de las ideas humanas a lo largo de los siglos, esa historia del espíritu humano, que lo ha elevado a la posición que actualmente ocupa en el resto del mundo, no han tenido ningún efecto en nosotros. Lo que en otros países constituye desde hace mucho tiempo la esencia misma de la sociedad y la vida para nosotros no es más que teoría y especulación. He aquí un ejemplo: vos, Señora, que os habéis organizado de la manera adecuada para percibir todo lo que hay en el mundo de verdadero y bueno, que estáis hecha para no perder nada de lo que procura las alegrías más dulces y puras para el alma, decid con sinceridad, ¿qué habéis alcanzado con todas estas ventajas? Buscáis algo con lo que llenar un día, ni siquiera la vida entera. Os faltan por completo esas cosas que en otros países forman el marco necesario de la vida, en el cual se disponen de una forma tan natural todos los acontecimientos cotidianos, condición indispensable de una sana existencia moral, como lo es el aire limpio para una sana existencia física. Comprendéis que no se trata de principios morales ni de máximas filosóficas, sino simplemente de una vida bien ordenada, de aquellos hábitos, de aquellas rutinas de la inteligencia que imprimen un movimiento regular al alma.

Mirad a vuestro alrededor. No hay nada estable. Todo parece estar de paso. No hay una esfera determinada de existencia para una persona, ni buenas costumbres, ni reglas para cosa alguna. Ni siquiera existe el hogar, no

hay nada que pueda ataros, despertar vuestra simpatía o afecto, no hay nada que dure, nada que quede; todo se va, todo pasa sin dejar huella en vuestro interior o en vuestro exterior. En nuestras casas parecemos estar de acampada; en nuestras propias familias tenemos un aire de extranjeros, en nuestras ciudades nos sentimos nómadas, incluso más que los que apacientan sus rebaños en las estepas, pues ellos sienten más apego hacia sus desiertos que nosotros hacia nuestras urbes. Y no creáis que se trata de algo sin importancia. ¡Pobres de nosotros! Acaso debemos agregar a todas nuestras desgracias una nueva: la de tener un falso concepto sobre nosotros mismos; no aspiremos a una vida de pura inteligencia, aprendamos primero a vivir razonablemente en la realidad dada. Pero hablemos antes un poco más de nuestro país; eso no nos desvía del objeto de la conversación. Sin este preámbulo no podréis entender lo que quiero deciros.

Para todos los pueblos existe un tiempo de agitación violenta, de inquietud apasionada y de actividad sin motivo ni reflexión. Entonces el cuerpo y el espíritu del hombre yerra por el mundo. Es la edad de las grandes pasiones, las grandes emociones y las grandes empresas populares. Los pueblos se agitan con vehemencia sin fundamento aparente, pero no sin utilidad para las generaciones venideras. Todas las sociedades han pasado por este período. A él le deben sus recuerdos más vivos, sus maravillas, su poesía y todas sus ideas más fuertes y fecundas. De no ser así, no encontrarían en su memoria nada que añorar, nada de que prenderse; no tendrían nada a que aferrarse aparte del polvo de la tierra en que habitan. Esta interesante época en la historia de los pueblos es su adolescencia: en este momento sus facultades se desarrollan con más fuerza, y el recuerdo de este tiempo constituye la alegría y la enseñanza para sus edades maduras. En cambio, nosotros no tenemos nada semejante. Primero una barbarie brutal, luego una grosera superstición, seguida de una dominación extranjera, feroz y envilecedora, cuyo espíritu más tarde heredó nuestro

poder nacional, ésta es la triste historia de nuestra juventud. Nosotros no hemos vivido nada parecido a una edad de actividad exuberante, de exaltado juego entre las fuerzas morales del pueblo. La época de nuestra vida social que correspondería a este momento está marcada por una existencia sombría y opaca, sin vigor ni energía, animada únicamente por las fechorías y aliviada sólo con la servidumbre. Ni recuerdos cautivadores, ni imágenes graciosas en nuestra memoria, ni enseñanzas efectivas en la tradición nacional. Extended la mirada a todos los siglos que hemos vivido, a todo el espacio que ocupamos: no hallaréis ningún recuerdo atractivo, ningún monumento venerable que hable enérgicamente de los tiempos pasados, que los retrate de una manera viva e interesante. Vivimos en el presente más limitado, sin pasado y sin futuro, en medio de una calma muerta. Y si nos preocupa algo, no es ni la esperanza ni el deseo de un bien común, sino la frivolidad pueril del bebé que intenta incorporarse y tiende las manos al sonajero que le muestra su nodriza.

El desarrollo verdadero del ser humano en la sociedad todavía no ha empezado para el pueblo si su vida no se ha hecho más ordenada, más fácil y agradable que en las condiciones inciertas de la primera edad. Mientras la sociedad se tambalea sin convicciones y sin normas, ni siquiera en los asuntos cotidianos, y la vida carece de orden, decidme, ¿cómo podemos esperar que en ella maduren los gérmenes de bien? Todavía se está produciendo la fermentación caótica de las cosas del mundo moral, de manera semejante a las revoluciones del globo terrestre que han precedido al estado actual del planeta. Nosotros aún estamos ahí.

Nuestros primeros años, pasados en un estado de embrutecimiento inmóvil, no dejaron ninguna huella en nuestro espíritu, y tampoco hay en nosotros nada individual sobre lo que pueda asentarse nuestro pensamiento; aislados por un extraño destino del movimiento universal de la humanidad, tampoco hemos recibido las ideas

más tradicionales del género humano. Precisamente sobre estas ideas se basa la vida de los pueblos; sobre estas ideas crece su futuro y de ellas deriva su desarrollo moral. Si queremos tener una posición semejante a la de otros pueblos civilizados, es menester repetir de alguna forma entre nosotros toda la educación del género humano. Disponemos para eso de la historia de los pueblos y tenemos delante el resultado del avance de los siglos. Sin duda es una tarea difícil, y para un hombre resulta imposible agotar un tema tan vasto, pero en primer lugar es necesario entender de qué se trata, cuál es esa educación del género humano y cuál es el lugar que nos corresponde en el orden general.

Los pueblos existen en virtud de las fuertes impresiones que los siglos pasados dejaron en sus espíritus y en virtud de sus contactos con otros pueblos. De esta manera cada individuo siente su relación con la humanidad entera. «¿Qué es la vida de un hombre —dice Cicerón—, si la memoria de los tiempos anteriores no une su presente y su pasado?»<sup>4</sup>. Nosotros, en cambio, venidos al mundo como hijos ilegítimos, sin herencia, sin conexiones con otros hombres, no guardamos en nuestros corazones ninguna de las enseñanzas anteriores a nuestra propia existencia. Es preciso que cada uno de nosotros intente por su propia cuenta unir el hilo roto de la familia. Nos vemos obligados a meter a martillazos en nuestras cabezas lo que entre otros pueblos es un hábito, un instinto. Nuestros recuerdos no se extienden más allá del día de ayer; somos como extranjeros para nosotros mismos. Recorremos el tiempo de una forma tan singular que, a medida que avanzamos, lo vivido desaparece para nosotros sin posibilidad de retorno. Es la natural consecuencia de una cultura basada completamente en la importación y la imitación. No conocemos un desarrollo interno ni un progreso natural: las anti-

guas ideas son barridas por otras nuevas, que no proceden de aquéllas, sino que aparecen aquí llegadas no se sabe de dónde. Aceptamos las ideas ya hechas, y por eso nuestras inteligencias no están surcadas por la huella imborrable que el movimiento de las ideas progresivas graba en los espíritus, constituyendo su fuerza. Crecemos, pero no maduramos nunca; avanzamos, pero en una línea oblicua, es decir, en aquella que no conduce a ningún sitio. Somos como niños a quienes nunca se les ha hecho reflexionar por su propia cuenta; cuando se hacen hombres no tienen nada suyo, todo su saber es superficial y toda su alma está fuera de ellos. Así somos nosotros.

Los pueblos son seres morales de la misma manera que los individuos. Los educan los siglos, al igual que los años forman a las personas. Pero de nosotros casi se puede decir que somos una excepción entre los pueblos. Pertenece a aquellos que no parecen formar parte integrante del género humano, sino que existen para dar al mundo alguna importante lección. Seguramente, la enseñanza que estamos destinados a impartir no pasará en vano, pero ¿quién sabe cuándo volveremos a encontrarnos unidos a la humanidad y qué desgracias tendremos que padecer hasta que se cumpla nuestro destino?

Los pueblos de Europa tienen una fisonomía común, un aire de familia. A pesar de su división tradicional en las ramas latina y teutónica, meridional y septentrional, existen unos lazos comunes que les unen en un todo, lazos bien visibles para cualquiera que se haya adentrado en su historia general. Como sabéis, todavía no hace mucho tiempo que toda Europa se autodenominaba con el nombre de Cristiandad, y esta palabra figuraba en el derecho público. Aparte del carácter general, cada pueblo posee unos rasgos particulares, que no son otra cosa que la historia y la tradición. Ambas constituyen el patrimonio de las ideas de los pueblos. Cada individuo obtiene el usufructo de su parte de la herencia común, sin trabajo ni fatiga, recogiendo en la vida las nociones difundidas en la sociedad para utilizarlas en su prove-

<sup>4</sup> *Orator*, cap. XXXV, 120 (*ad sensum*). (*N. de los T.*)

cho. Ahora, comparad vos misma y decid si son muchas las ideas elementales que aquí podemos reunir mediante el simple intercambio y utilizar para dirigir bien o mal nuestra vida. Pero considerad que no hablo del estudio ni de la lectura, ni de nada literario o científico, sino simplemente del contacto de las inteligencias, de las ideas que envuelven al niño en su cuna, que le rodean en sus juegos, que le susurra la madre entre caricias, en fin, de las ideas que en forma de sentimientos diversos penetran en él hasta el fondo de su cerebro junto con el aire que respira y componen su naturaleza moral antes de que empiece a vivir en el mundo y en la sociedad. ¿Queréis saber qué ideas son éstas? Son las nociones de deber, de justicia, de derecho y de orden. Proceden de los mismos acontecimientos que crearon la sociedad y son elementos integrantes del mundo social de esos países. Tal es la atmósfera de Occidente; es algo más que historia y psicología, es la fisiología del hombre europeo. ¿Con qué sustituiréis esto en nuestro país?

No sé si se puede deducir algo absoluto de lo dicho y llegar a un principio riguroso, pero es obvio que la extraña situación de un pueblo que no ha sido capaz de detener su pensamiento en ninguna de las series de ideas que se desarrollaban en la sociedad de una forma progresiva, derivando lentamente unas de otras, y cuya participación en el movimiento general se reduce a una imitación ciega, superficial y a menudo defectuosa de otras naciones, ha de tener un fuerte efecto en el espíritu de cualquier miembro de dicho pueblo. Vos hallaréis, en consecuencia, que nos falta seguridad, un cierto método de pensamiento y una lógica. Desconocemos el silogismo de Occidente. En nuestras mejores cabezas hay algo peor que la frivolidad. Las ideas más brillantes, privadas de conexión y sucesión, quedan paralizadas en nuestro cerebro como fantasmas estériles. Cuando no se encuentra el modo de conectar con lo precedente y con el porvenir, es propio de la naturaleza de hombre confundirse y perder toda consistencia, toda certidumbre.

Al no estar guiado por el sentimiento de la perdurabilidad, el hombre se siente extraviado en el mundo. En todos los países se dan estos seres perdidos, pero entre nosotros constituyen la regla general. No se trata de la ligereza que alguna vez se reprochó a los franceses y que, sin embargo, no era sino una forma sencilla de concebir las cosas sin excluir ni la profundidad ni la extensión del espíritu, aportando a la comunicación una gracia y un encanto infinitos; se trata de la despreocupación de una vida sin experiencia ni previsión, que no tiene otros puntos de referencia que la efímera existencia del individuo separado de su especie y que no valora mucho ni el honor ni el éxito de un sistema de ideas o intereses, ni siquiera la herencia de la familia o aquellas numerosas prescripciones y perspectivas que constituyen la vida pública y privada en un orden de cosas basado en la memoria del pasado y la previsión del futuro. En nuestras mentes no hay absolutamente nada general; todo es individual, todo inconstante e incompleto. Encuentro incluso en nuestra mirada la presencia de una extraña vaguedad, algo frío e incierto que recuerda un poco la fisionomía de los pueblos situados en los grados más bajos de la escala social. En países extranjeros, especialmente en el sur, donde los rostros son tan expresivos y animados, comparé muchas veces los rostros de mis compatriotas con los de los indígenas y me sorprendió el aire mudo de nuestros semblantes.

Los foráneos han considerado como mérito nuestro una especie de temeridad negligente que distingue especialmente a las clases inferiores de la nación. Pero, al no tener la posibilidad de observar más que los elementos aislados del carácter nacional, no pueden hacerse una idea del conjunto. No ven que el mismo principio que a veces nos aporta tanta audacia nos priva siempre de la profundidad y la perseverancia; y que lo mismo que nos hace indiferentes a los peligros de la vida nos obliga a mostrar igual insensibilidad hacia el bien y el mal, hacia cualquier verdad y cualquier mentira, y esto es precisa-

mente lo que nos despoja de todos los estímulos poderosos que orientan a los hombres por la senda del perfeccionamiento; no ven que precisamente esta temeridad negligente es la que hace que ni siquiera nuestras clases superiores, por muy doloroso que resulte decirlo, quedan eximidas de los vicios que en otros países existen sólo entre los estratos inferiores; al final, no ven que, si bien poseemos algunas de las virtudes propias de los pueblos más jóvenes y menos avanzados en cuanto a civilización, carecemos de aquellas que caracterizan a los pueblos más maduros y de elevada cultura. No pretendo decir que entre nosotros sólo haya vicios y entre los pueblos de Europa sólo virtudes, ¡Dios me guarde!, pero sostengo que para juzgar a los pueblos ha de estudiarse el espíritu general que forma su existencia; únicamente este espíritu es capaz de elevarlos hacia un estado moral más perfecto y encaminarlos hacia un desarrollo infinito, y no uno u otro rasgo de su carácter.

Las masas se someten a unas determinadas fuerzas situadas en las cumbres de la sociedad y no piensan por ellas mismas. En su interior hay cierto número de pensadores que reflexionan por sí mismos, impulsando la inteligencia colectiva y poniéndola en marcha. Mientras una parte pequeña medita, el resto siente, y el resultado es el movimiento general. Esto ocurre en todos los pueblos de la Tierra, excepto en algunas razas embrutecidas que no conservan de la naturaleza humana más que el aspecto. Los pueblos primitivos de Europa, los celtas, los escandinavos y los germanos, tenían sus druidas, los escaldos y sus bardos, los cuales, a su manera, eran grandes pensadores. Mirad a aquellos pueblos de América del Norte que la civilización material de Estados Unidos se afana en destruir: entre ellos hay personas de una profundidad admirable. Y ahora os pregunto: ¿dónde están nuestros pensadores, nuestros sabios? ¿Quién pensó alguna vez por nosotros, quién piensa por nosotros actualmente?

Y mientras tanto, situados entre dos grandes divisiones del mundo, entre Oriente y Occidente, apoyándonos

con un codo en China y con el otro en Alemania, deberíamos juntar los dos grandes principios de la naturaleza inteligente: la imaginación y la razón, y unir en nuestra civilización la historia del mundo entero. Pero no es éste el papel que nos deparó la Providencia. Lejos de ello, parece no haberse ocupado en absoluto de nuestro destino. Negándonos su acción benéfica sobre el espíritu humano, dejó que nosotros nos ocupáramos de todo, no quiso intervenir en nuestros asuntos ni enseñarnos nada. La experiencia de los tiempos no existe para nosotros: los siglos y las generaciones pasaron en vano. Al contemplar nuestra situación se podría decir que la ley general ha sido revocada para nosotros. Solitarios en el mundo, no le hemos dado nada ni nada suyo hemos tomado, no hemos aportado ni una sola idea a la masa de las ideas humanas, no hemos contribuido en nada al progreso del espíritu humano y hemos desfigurado todo lo que nos ha venido de este progreso. Desde el primer instante de nuestra existencia social, nada emanó de nosotros para el bien común de los hombres; ni un solo pensamiento útil germinó en el suelo estéril de nuestra patria, ninguna gran verdad fue lanzada desde nuestro entorno; no nos hemos molestado en imaginar por nosotros mismos, y de lo que imaginaron los demás hemos tomado únicamente apariencias engañosas y un lujo inútil.

¡Cosa singular! Incluso en el mundo de la ciencia, que todo lo abarca, nuestra historia no se relaciona con nada, nada explica ni demuestra. Si las hordas bárbaras que perturbaron el mundo no hubieran pasado por el país que habitamos antes de precipitarse sobre Occidente apenas constituiríamos un capítulo de la historia universal. Para hacernos notar tuvimos que extendernos desde el estrecho de Bering hasta el Oder. En cierta ocasión, un gran hombre<sup>5</sup> quiso civilizarnos y, para acercarnos la

<sup>5</sup> Se trata del emperador ruso Pedro I, llamado el Grande (1672-1725), que realizó reformas radicales con el fin de occidentalizar el

ilustración, nos lanzó el manto de la civilización: recogimos el manto, pero no tocamos la civilización. De nuevo, otro gran príncipe<sup>6</sup>, asociándonos a su misión gloriosa, nos llevó victoriosos desde un extremo de Europa al otro: al retornar a casa después de esta marcha triunfal por los países más civilizados del mundo sólo trajimos ideas defectuosas y errores funestos cuya consecuencia fue una inmensa calamidad que nos hizo retroceder medio siglo<sup>7</sup>. Llevamos algo en nuestra sangre que es contrario a todo progreso verdadero. En fin, hemos vivido y vivimos todavía para dar alguna gran lección a descendientes lejanos capaces de entenderla; en este momento, por mucho que digan, somos una laguna en el orden intelectual. Este vacío, esta soledad de nuestra existencia social no dejan de sorprenderme. Ciertamente, la culpa de ello es atribuible en parte a nuestro inconcebible destino. Pero, sin duda, otra parte de la culpa la tiene el hombre, como en todo que ocurre en el mundo moral. Volvamos a interrogar a la historia: es ella la que explica a los pueblos.

país y fundó San Petersburgo, «una ventana abierta a Europa», en oposición a la antigua capital, Moscú, considerada como un baluarte de la tradición. (*N. de los T.*)

<sup>6</sup> Chaadáev habla del zar Alejandro I (1777-1825), emperador de Rusia desde 1801, cuyas tropas derrotaron al ejército de Napoleón, liberaron Alemania y ocuparon Francia. (*N. de los T.*)

<sup>7</sup> Las «ideas defectuosas y errores funestos» que menciona Chaadáev son los ideales de libertad política e igualdad social que abrazaron muchos de los oficiales rusos que habían participado en las guerras napoleónicas. Crearon sociedades secretas entre cuyos proyectos figuraba la desaparición de la monarquía, la instauración de un régimen republicano y democrático, la liberación de los siervos y la introducción de una constitución y libertades políticas en el país. En diciembre de 1825 (de ahí el nombre de «decembristas» por el que se les conoce) intentaron provocar un levantamiento y un golpe de estado que fracasaron. El zar Nicolás II, que sucedió a Alejandro I, reprimió duramente los gérmenes revolucionarios y, por boca de uno de sus ministros, anunció que deseaba atrasar el desarrollo de Rusia unos cincuenta años para salvarla de las ideas libertadoras. (*N. de los T.*)

En el tiempo en que se construía el majestuoso edificio de la civilización moderna, mientras combatía la enérgica barbarie de los pueblos del norte contra el sublime pensamiento de la religión, ¿qué hacíamos nosotros? Guiados por el fatal destino, buscamos en la miserable Bizancio, objeto del profundo desprecio de los pueblos, el código moral que debería constituir nuestra educación. Poco antes, una mente ambiciosa<sup>8</sup> secuestró a esta familia de la fraternidad universal, de manera que recibimos esa idea desfigurada por la pasión humana. En la Europa de entonces todo estaba animado por el principio vivificante de la unidad. Todo emanaba de ese principio y todo convergía a él. Cualquier movimiento intelectual de aquel tiempo tendía a constituir la unidad del pensamiento humano, y cualquier impulso provenía de la imperiosa necesidad de encontrar una idea universal, que es la genialidad de la era moderna. Extraños a este maravilloso principio, nosotros nos convertimos en víctimas de una conquista<sup>9</sup>. Y cuando, liberados del yugo extranjero, nuestra separación de la familia común era lo único que nos impedía aprovechar las ideas florecidas mientras tanto entre nuestros hermanos occidentales, caímos en una servidumbre más dura todavía, santificada además por el mismo hecho de nuestra liberación<sup>10</sup>.

¡Cuántos rayos iluminaban ya entonces a Europa, aparentemente envuelta en tinieblas! Las mentes presentían ya la mayor parte de los conocimientos de los que se enorgullece hoy el espíritu humano; el carácter de la sociedad moderna ya se había determinado, y diri-

<sup>8</sup> Focio, que contribuyó a la separación de las iglesias romana y ortodoxa. (*N. de los T.*)

<sup>9</sup> Se trata de la invasión tártaro-mongola del siglo XIII. (*N. de los T.*)

<sup>10</sup> Alusión a la introducción progresiva de la servidumbre en Rusia. (*N. de los T.*)



giendo la mirada hacia la antigüedad, el mundo cristiano reencontró las formas de la belleza que todavía le faltaban. Pero nosotros seguíamos encerrados en nuestro cisma y nada de lo que pasaba en Europa llegaba aquí. No teníamos nada que ver con la gran tarea mundial. Las eminentes cualidades con las que la religión obsequió a los pueblos modernos y que, a ojos del sentido común, los elevan tanto sobre los pueblos antiguos, como éstos se elevan sobre los hotentotes o los japoneses, esas fuerzas nuevas con las cuales se enriqueció la inteligencia humana, esas costumbres que al someterse a una autoridad desarmada se volvieron tan dóciles como brutales habían sido antes, nada de esto nos afectó a nosotros. Cuando el cristianismo avanzaba majestuosamente por el camino que trazó su divino fundador, nosotros, a pesar de llamarnos cristianos, no nos movíamos. El mundo entero se reconstruía, pero nosotros no edificábamos nada: vegetábamos en nuestras cabañas de madera y paja. En resumen, se efectuaban los nuevos destinos del género humano, pero no por nosotros. Eramos cristianos, pero el fruto del cristianismo no maduró para nosotros.

Os pregunto si no es absurdo suponer, como es común hacer entre nosotros, que podamos apropiarnos del progreso de los pueblos europeos, que se realizó lentamente y bajo la acción directa y evidente de única fuerza moral, apropiarnos de golpe, sin siquiera tomarnos la molestia de informarnos sobre cómo se hizo.

Nada entienden del cristianismo aquellos que no perciben que hay en él una faceta puramente histórica que constituye el elemento esencial del dogma y en la que de algún modo se encuentra toda la filosofía cristiana, porque precisamente allí se puede ver lo que ha hecho por los hombres y lo que hará por ellos en el futuro. De esta forma, la religión cristiana no es solamente un sistema moral, concebido en formas perecederas del espíritu humano, sino un poder eterno y divino que actúa de un modo universal en el mundo intelectual y cuya acción visible debe servirnos como una enseñanza perpetua.

Éste es el sentido del dogma expresado en el símbolo de fe de la Iglesia Universal<sup>11</sup>.

En el mundo cristiano todo debe concurrir necesariamente a la instauración del orden perfecto en la Tierra, y en efecto concurre a ello. En caso contrario, las palabras del Señor desmentirían sus hechos y Él no estaría en su Iglesia hasta el fin de los siglos. El nuevo orden, el reino de Dios que ha de edificarse mediante la redención, no se diferenciaría del orden antiguo, el reino del mal, que debe ser aniquilado por la redención, y de nuevo no nos quedaría nada más que la ilusoria imagen de la perfección con que sueñan los filósofos y que desmiente cada página de la historia: se trata de una vana agitación del espíritu que satisface únicamente las necesidades de la existencia material y, si eleva al hombre a una cierta altura, es sólo para hacerle caer en abismos más profundos.

Pero, en fin, me diréis, ¿acaso no somos cristianos nosotros?, ¿y acaso es posible otra civilización que no sea la europea? Sin duda, somos cristianos: pero ¿no lo son también los abisinios? Por supuesto, es posible otra civilización distinta de la de Europa: ¿acaso no es civilizado Japón, e incluso más que Rusia si damos crédito a uno de nuestros contemporáneos<sup>12</sup>? Pero ¿podéis vos

<sup>11</sup> Chaadáv se refiere seguramente al símbolo de fe («credo») formulado por el Concilio de Nicea en el año 325. Las modificaciones presentadas por la Iglesia romana en el siglo VII del texto del Credo (el problema de *filioque*) actuaron como detonante en el conflicto entre las Iglesias ortodoxa y católica, cuyo resultado fue el cisma. (N. de los T.)

<sup>12</sup> Al parecer, Chaadáv se refiere a un libro que gozó de mucha popularidad en los salones rusos de 1820-1830. Su autor, V. M. Golovnin, llamado por uno de sus contemporáneos «el Montaigne ruso», describió su cautiverio en Japón, durante el cual, a pesar de las múltiples privaciones que tuvo que soportar, reunió un enorme material sobre la cultura, la historia y la situación del país en aquella época. La obra de Golovnin *Zapiski o prikliheniij v plenu u iapontsev* (*Apuntes sobre las aventuras vividas en el cautiverio en Japón*) se publicó en San Petersburgo en 1816. (N. de los T.)

creer que el cristianismo abisinio o la civilización japonesa son capaces de construir el orden de cosas del que acabo de hablaros y que constituye el destino final de la especie humana? ¿Creéis que esas absurdas aberraciones de las verdades divinas harán descender el cielo a la tierra?

Dentro del cristianismo hay dos cosas muy distintas: una es su acción sobre el individuo; la otra, su acción sobre la inteligencia universal. Ambas se funden de una forma natural en la razón suprema y conducen necesariamente a un mismo fin. Sin embargo, el plazo en el cual se realizan los designios de la sabiduría divina no puede ser abarcado con nuestra visión limitada. Y por eso deberíamos distinguir la acción divina que se ha manifestado en el tiempo de la vida de un hombre de aquella que se realiza en la infinitud. En el día del cumplimiento final de la obra de redención todos los corazones y espíritus se unirán en un sentimiento y pensamiento únicos y todos los muros que separan diferentes pueblos y comuniones serán abatidos. Pero es importante que cada uno sepa ahora cuál es su lugar en el orden de la vocación general de los cristianos, es decir, qué medios puede hallar dentro de sí para contribuir al fin propuesto a toda la sociedad humana.

De aquí surge necesariamente un cierto círculo de ideas en el que se mueven los espíritus de la sociedad y donde este fin ha de cumplirse, es decir, donde la idea revelada ha de madurar y llegar a su plenitud. Este círculo de ideas, esta esfera moral, produce de forma natural un modo de existencia y una visión del mundo determinados, los cuales, sin ser los mismos para todos, crean, en relación con nosotros y con todos los pueblos no europeos, una misma manera de vivir, resultado de un inmenso trabajo intelectual de dieciocho siglos en el que participaron todas las pasiones, todos los intereses, todos los sufrimientos, todas las imaginaciones y todos los esfuerzos de la razón.

Todas las naciones de Europa avanzaron a través de

los siglos cogidas de la mano. Por mucho que intentaran ahora separar sus caminos, volverán a encontrarse en la misma ruta. Para ver el aire de familia en el desarrollo de estos pueblos no hace falta estudiar la historia: leed solamente a Tasso y los veréis a todos postrados a los pies de Jerusalén: recordad que durante quince siglos tuvieron un mismo idioma para hablar con Dios, una sola autoridad moral y una sola convicción; recordad que durante quince siglos, cada año, a la misma hora del mismo día y con la mismas palabras, elevaban sus voces hacia el Ser Supremo para celebrar su gloria en la mayor de sus bendiciones. ¡Un admirable concierto mil veces más sublime que todas las armonías del mundo físico! Pues si esta esfera en la que viven los hombres de Europa y en la que la especie humana puede llegar a su destino final es resultado de la influencia que ejerce la religión, si la debilidad de nuestras creencias o la insuficiencia de nuestro dogma nos han mantenido apartados de este movimiento universal donde se formuló y se desarrolló la idea social del cristianismo, remitiéndonos a la categoría de los pueblos condenados a aprovechar los frutos del cristianismo de un modo tardío e indirecto, está claro que hemos de reanimar nuestra fe por todos los medios posibles y darnos un impulso verdaderamente cristiano, pues todo Occidente ha sido creado por el cristianismo. Esto es a lo que me refería al decir que debemos iniciar de nuevo entre nosotros toda la educación del género humano.

Toda la historia de la sociedad moderna se ha realizado sobre el terreno de las opiniones, las cuales representan por tanto la educación verdadera. Instituida desde el principio sobre esta base, la sociedad ha avanzado gracias a las ideas. Los intereses siempre seguían a las ideas, nunca las precedían, al igual que las opiniones producían los intereses, pero los intereses jamás provocaron las opiniones. Todas las revoluciones políticas siempre fueron, desde el principio, revoluciones morales: los hombres buscaban la verdad y encontraron la libertad y

el bienestar. Así se explica el fenómeno de la sociedad moderna y su civilización: de otra manera sería imposible comprenderlo.

Persecuciones religiosas, mártires, propagación del cristianismo, herejías, concilios: éstos son los acontecimientos que llenan los primeros siglos. Todos los movimientos de esta época, sin excluir la invasión de los bárbaros, se relacionan con los esfuerzos de la infancia del espíritu moderno. Formación de la jerarquía, centralización del poder espiritual y propagación continuada de la religión en los países del Norte: éste fue el contenido de la época posterior. Más tarde, la exaltación del sentimiento religioso alcanza un grado máximo y se produce el fortalecimiento de la autoridad espiritual. El desarrollo filosófico y literario de la inteligencia y el cultivo de las costumbres bajo la influencia religiosa concluyen esta historia que podríamos llamar sagrada, como la del antiguo pueblo elegido. Al final, es la reacción religiosa y el nuevo impulso dado al espíritu humano por la religión lo que determina el estado actual de las sociedades. De forma que el principal y, podríamos decir, único interés de los pueblos modernos consistía sólo en la opinión. Todos los intereses materiales, positivos y personales eran absorbidos por este interés.

Sé que este prodigioso impulso de la naturaleza humana hacia la perfección posible, en vez de ser admirado, ha sido descrito como fanatismo y superstición. Pero, se diga lo que se diga, juzgad vos misma el profundo impacto que debió imprimir en el carácter de estos pueblos, tanto para el bien como para el mal, un desarrollo social producido en su totalidad por un solo sentimiento. Que la filosofía superficial haga todo el ruido que quiera al referirse a las guerras de religión y las hogueras que encendió la intolerancia; en cuanto a nosotros, sólo podemos envidiar el destino de los pueblos que en este choque de opiniones, en estos sangrientos conflictos por la causa de la verdad constituyeron un mundo de ideas que nosotros ni siquiera podíamos imaginar, y

mucho menos transportarnos allí en cuerpo y alma, como pretendíamos.

Digamos una vez más que, naturalmente, no todo es razón, virtud y religión en los países de Europa, nada de eso. Pero allí todo está misteriosamente dominado por una fuerza que durante siglos ha reinado soberanamente; todo es resultado del prolongado encadenamiento de actos e ideas que produjo el estado actual de la sociedad. A propósito, he aquí una prueba. La nación que posee la fisonomía más definida y las instituciones más impregnadas por el espíritu nuevo, la de los ingleses, no tiene otra historia que la religiosa. Su última revolución, a la cual deben su libertad y su prosperidad, así como todo el conjunto de acontecimientos que condujeron a esta revolución, remontándose hasta Enrique VIII, no es otra cosa que un desarrollo religioso. En todo este período los intereses propiamente políticos aparecían sólo como un móvil secundario; a veces desaparecían totalmente, o bien se sacrificaban a la opinión. En el momento en que escribo estas líneas<sup>13</sup> el problema religioso ha vuelto a agitar esta tierra elegida. Pero, en general, ¿qué pueblo europeo no encontraría en su conciencia nacional, si se empeñara en buscarlo, este elemento particular, el cual, en forma de un santo pensamiento, ha sido el constante principio vivificante, el alma de su ser social a lo largo de su existencia?

La acción del cristianismo no se limita en absoluto a su inmediata y directa influencia sobre el espíritu de los hombres. El inmenso resultado que está destinado a producir se realiza en una multitud de combinaciones morales, intelectuales y sociales, en donde la libertad perfecta del espíritu humano debe necesariamente encontrar toda la extensión posible. En consecuencia, está claro que todo lo que sucedió desde el primer día de nuestra era, o más exactamente desde el momento en que el Salvador

<sup>13</sup> 1829. (N. de los T.)

del mundo dijo a sus discípulos «*Id... y predicad el Evangelio a toda la creación*»<sup>14</sup>, todos los ataques dirigidos al cristianismo caben perfectamente en la idea general de su influencia. Es suficiente ver el imperio que Cristo ejerce universalmente en los corazones, de forma consciente o inconsciente, de buen grado o por la fuerza, para reconocer el cumplimiento de sus profecías. Y por tanto, a pesar de todo lo que hoy tiene la sociedad europea de incompleto, vicioso y criminal, no es menos cierto que el Reino de Dios se ha realizado en ella en cierta forma, pues contiene el principio del progreso ilimitado y posee en su germen y en sus elementos todo lo necesario para que un día se establezca definitivamente en la Tierra.

Antes de concluir, Señora, estas reflexiones sobre la influencia que la religión ha ejercido en la sociedad, transcribiré aquí lo que he dicho sobre este tema en un escrito que vos no conocéis.

«Es cierto —escribí— que hasta que no se aprecie la acción del cristianismo en cualquier lugar donde el pensamiento humano choque de alguna manera con él, aunque sea para combatirlo, no podrá tenerse una idea clara de dicha acción. En todos los lugares donde se pronuncie el nombre de Cristo, este nombre atrae por sí solo a los hombres, hagan lo que hagan. Nada hace ver mejor el origen divino de esta religión que su carácter de universalidad absoluta, que hace que penetre en las almas de todas las maneras posibles, que se apropie de los espíritus sin que se den cuenta, que los domine, que los subyugue incluso cuando parece que más se resisten, introduciendo en la inteligencia verdades que hasta este momento le eran ajenas, obligando al corazón a vivir emociones que nunca antes había experimentado, inspirando sentimientos que nos sitúan, sin que lo notemos, en el orden general. Es ella la que determina la acción

<sup>14</sup> Marcos 16, 15. (N. de los T.)

de cada individualidad y la que hace que todo concurra a un solo fin. Considerando el cristianismo desde este punto de vista, cualquier profecía de Cristo se convierte en una verdad palpable. Entonces se distingue claramente la acción de todas las palancas que su mano todopoderosa pone en movimiento para conducir al hombre a su destino, sin atentar contra su libertad, sin paralizar ninguna de las fuerzas de su naturaleza, sino, por el contrario, llevándolas a la máxima intensidad y exaltando infinitamente todo lo que posea una fuerza propia. Entonces se ve que en el nuevo orden ningún elemento moral queda inactivo, que las capacidades más enérgicas del espíritu, así como las más cálidas expresiones del sentimiento, el heroísmo de un alma fuerte o la renuncia de un espíritu sumiso, todo encuentra en él su lugar y su aplicación. Accesible a toda criatura inteligente, asociada a cada latido de nuestro corazón, sin que importe el motivo que lo hace latir, la idea de la revelación se apropia de todo, se agranda y se fortalece con los mismos obstáculos que encuentra en su camino. Con el genio se eleva hasta alturas inabordables para los demás mortales; con el espíritu temeroso marcha apretándose contra la tierra y avanza paso a paso; en la razón meditativa es absoluta y profunda; en el alma dominada por la imaginación es etérea y fecunda en imágenes; en el corazón tierno y amante se disuelve en la caridad y el amor; siempre va al frente de cada inteligencia a la que se entregó, llenándola de calor, fuerza y claridad. Mirad qué diversidad de naturalezas, qué multiplicidad de fuerzas agita, cuántas energías diferentes funde en una sola cosa; cuántos corazones distintos hace latir por una sola idea.

»Pero la acción del cristianismo en la sociedad en general es aún más admirable. Observad el cuadro completo del desarrollo de la nueva sociedad y veréis que el cristianismo hace propios los intereses de los hombres, reemplazando en todas las partes la necesidad material por la moral, suscitando en el dominio del pensamiento

grandes controversias que no se han conocido en la historia de ninguna otra época y de ninguna otra sociedad, provocando una terrible lucha entre las opiniones, de forma que la vida de los pueblos se convertía en una gran idea y en un sentimiento infinito; veréis que en el cristianismo, y sólo en él, confluía todo: la vida privada y la vida social, la familia y la patria, la ciencia y la poesía, la razón y la imaginación, los recuerdos y las esperanzas, las alegrías y las penas. Bienaventurados aquellos que, en el gran movimiento introducido en el mundo por el mismo Dios, llevan en su corazón la conciencia íntima de los efectos que se producen; pero en este movimiento no todos son instrumentos activos, no todos actúan conscientemente; las multitudes se mueven necesariamente a ciegas, como átomos inanimados, como masas inertes, sin conocer las fuerzas que las ponen en movimiento, ignorando el objetivo que persiguen.»

Pero es tiempo de volver a vos, Señora. Debo confesar que me cuesta separarme de estas perspectivas generales. En el cuadro que se ofrece a mis ojos desde esta altura están todas mis consolaciones; y me refugio en la dulce creencia en la felicidad venidera de los hombres cuando, desconsolado por la triste realidad circundante, siento la necesidad de respirar un aire más puro y de observar un cielo más sereno. Pero no creo haber abusado de vuestro tiempo. Debía enseñaros el punto de vista desde el cual había que mirar el mundo cristiano y el papel que nosotros desempeñamos en él. Lo que he dicho de nuestro país os ha debido parecer muy amargo y, sin embargo, he dicho sólo la verdad, incluso no toda la verdad. Además, la razón cristiana no padece ningún tipo de ceguera, y menos aún la ceguera del prejuicio nacional, que es la que más divide a los hombres.

¡Qué carta más larga, Señora! Creo que ambos necesitamos un descanso. Al comenzar a escribirla pensaba que podría decirlos en pocas palabras lo que había que decir, pero, bien mirado, encuentro que se podría hacer de ello todo un volumen. ¿Os convendría eso, Señora?

Vos me lo diréis. Pero, en todo caso, no podréis evitar una segunda carta, porque apenas hemos comenzado a abordar el tema. Y ahora me sentiría muy obligado si quisiérais considerar que la prolijidad de esta primera compensa por el tiempo que os hice esperarla. Cogí la pluma el mismo día que recibí vuestra carta, pero tristes y fatigosas preocupaciones me ocuparon totalmente y tuve que desembarazarme de ellas antes de ponerme a hablaros de cosas tan importantes; además, luego debía transcribir mi letra garabateada, que era absolutamente indescifrable. Esta vez no tendréis que esperar tanto tiempo: mañana mismo tomaré la pluma.

Necrópolis<sup>15</sup>, 1 de diciembre de 1829.

<sup>15</sup> Chaadáev escribió su carta en Moscú, que era, según él, la «ciudad de los muertos». (*N. de los T.*)